

de su capital de trabajo la mano de los nativos, que trataban de conservar por su valor real. Una de las consecuencias inmediatas fue el mestizaje.

Los blancos, en su proceso de adaptación, se beneficiaban con los cruces de sangre. El nativo estaba ya condicionado a la tierra, conocía sus secretos, lidiaba las enfermedades de su tierra con un conocimiento mayor de las yerbas. El mestizo lleva en su tradición dos conocimientos, dos mundos. Era el suyo un horizonte mayor y mejor aprovechado. Como había ocurrido en el Mediterráneo en la frontera con los árabes. Hoy mismo es notorio que en Estados Unidos se perdieron estas oportunidades cuando los europeos institucionalizaron la frontera e impusieron la separación. Hegel no vio estas cosas, dominado por un complejo de superioridad racial, en que se muestra discípulo de un crudo como Pauw.

Lo que ha ocurrido con las razas en América reproduce procesos que se remontan a las edades más antiguas y que explican la conquista de las diversas zonas geográficas. Se encuentran en los vegetales casos parecidos y lo mismo en la importación, para los ganados, de sementales que produzcan una descendencia con mayor número de cualidades y nuevo vigor. Recordemos que cuando la filoxera iba acabando con los viñedos de Champaña, se llevaron cepas de Nuevo México que hoy mismo son las que sirven de raíz a la vid que da el mejor vino del mundo. El caso del hombre en el trópico no es tan simple como lo tratan los apologistas de la raza aria. Un conocimiento mejor de las defensas del hombre en estos climas hace que zonas consideradas antes como las más mortíferas del planeta sean hoy tierras paradisíacas de vacaciones. Todo esto habría podido verlo en 1830 Hegel con un poco de imaginación y un estudio de la realidad que no hizo. La falla es grave cuando estaban publicándose los libros de un sabio alemán como Humboldt, que por su origen ha debido resultarle persona de confianza, pero a quien le cerró la puerta de su universidad. Son actitudes que traen como fatal consecuencia que nosotros, ahora, desconfiemos de las conclusiones del autor de *Filosofía de la Historia*, y las veamos más bien como la historia de una filosofía personal.

El proceso de tres siglos de presencia de los europeos en América es, en sí, una historia. Apasionante, porque va a transformar el mundo, y porque crea una realidad inédita, del mayor interés para quien sepa mirar sin prejuicio estas cosas. Es lo menos que puede exigirse a un filósofo. Estas líneas que van a leerse, y que vienen reproduciéndose en los textos como una indulgente reflexión, dan la medida de los límites en que se mueve el pensamiento hegeliano en un campo que es nuestro: «América es la tierra del futuro, donde, en edades que están delante de nosotros, el peso de la historia universal puede revelarse —quizás por una competencia entre Norte y Sur América—. Es la tierra prometida para todos los que están cansados del histórico granero de la vieja Europa. Se cuenta que Napoleón había dicho, “esta vieja Europa me aburre”. Toca a América dejar el terreno en que hasta ahora se ha movido la historia universal. Cuanto ha ocurrido hasta hoy en el Nuevo Mundo es sólo un eco del Viejo —la expresión de una vida ajena— y como tierra del futuro, aquí no tiene interés para nosotros, porque en lo que se relaciona con la historia, nos concierne lo que ha sido y es. Con respecto a la filosofía, de otra parte, tenemos que hacer con lo que, rigurosamente hablando, no es pasado ni futuro, sino con lo que es, lo que tiene una existencia eterna

—la Razón—; y esto es ya bastante para que lo consideremos. Descartado, pues, el Nuevo Mundo y los sueños que pueda despertar, pasamos al Viejo, escena de la Historia Universal».

Cuanto más se ahonda en la historia de América más claro se ve que nos movemos dentro de mundos diferentes. Cuando digo, para dar una definición, *América es otra cosa*, estoy recogiendo en cuatro palabras cinco siglos de la vivencia que se llama historia. En este hemisferio, para nosotros, la idea de libertad ha tenido desarrollos imprevistos, y la independencia llegado a las conclusiones más radicales. Hegel piensa que la independencia es una idea típicamente europea, como contribución del pensamiento germánico al desarrollo de la historia universal en su más ambiciosa perspectiva. Y al llegar a esa obra maestra de los de su raza, detiene la marcha del Sol. La historia del mundo —dice— se mueve de oriente a occidente, porque Europa es absolutamente el fin de la historia. Y Asia el comienzo. Fuera de lo arbitrario de este congelamiento de todo el proceso, con el uso de la palabra absoluto, que es de corte imperial, es manifiesta su intención de hacer que culmine la evolución del mundo en la perfección del espíritu, que para él es el soplo divino del ser germánico. Su presentación panorámica de la marcha del universo sigue este itinerario: el mundo oriental, el mundo griego, el mundo romano y el mundo alemán. Un proceso dialéctico que lo lleva a la síntesis perfecta. Primero es lo oriental contra lo cual se alza la antítesis romana, para llegar a la fórmula unificadora del espíritu germánico. Delirando con esta dialéctica que debe llegar al mundo parado en el dominio del espíritu, exclama con místico arrobó: «Podemos distinguir estos períodos como los reinos del Padre, del Hijo y del Espíritu...» La aparición del cristianismo sería, dentro del proceso de todos los tiempos, como un desarrollo ya apretado para preparar el último acto de la historia, en que primero sería reunir una masa informe de la humanidad que estaba destinada a propagar la buena nueva, luego la época de Carlomagno en que ya se fijan los contornos de una religión definida y por último la síntesis maravillosa de la Reforma, en el momento mismo de la aparición de América... Por este mágico camino se llega a algo que tiene más significación en la vuelta a Europa del espíritu germánico que en la salida de los europeos hacia la América, cosa que, para Hegel, carece de importancia, por no tener pasado definido. Son teorías aéreas que nos colocan fuera de lo que está pasando de 1492 a 1830... En América, con la independencia, se derrumban todos los imperios europeos, y Hegel piensa que independencia es un invento europeo... que no alcanzan a entender los americanos puros... Es una pena que el tema no se haya discutido en estos días de los quinientos años de América como lo propio y original de la vida americana. Nos independizamos de Europa, y punto. Porque éramos y somos otra cosa. Y para entender cómo se veía este movimiento de deslinde entre el Nuevo Mundo y el Viejo, no hay sino que leer en la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert su definición. En *América en Europa* he precisado este caso léxico-gráfico, así: *La Enciclopedia. ¿Reaccionaria?* Si la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert es la antesala de la Revolución Francesa y la culminación del Siglo de las Luces, sorprende el tratamiento que allí se da a la palabra «Independencia». No toma en cuenta su significado político. En cuanto al moral, rechaza la idea como arrogante atrevimiento del hombre que, al declararse independiente, desconocería la autoridad del gobierno, la obediencia debida a la ley, el

respeto que merece la religión. Si esta definición no encubre un disimulo, ¿en dónde está el espíritu de la revolución?

En este punto, la *Enciclopedia* sigue la corriente de todos los diccionarios contemporáneos europeos. Políticamente, el concepto de independencia sólo entra a tener vigencia el día en que América se emancipa. Entonces, y sólo entonces, pasa a ser el vocablo revolucionario, triunfalmente revolucionario, que nosotros conocemos. La chispa parte del Nuevo Mundo, por causas naturales. Europa conquistadora, dueña absoluta de sus colonias, es sorprendida de repente cuando descubre la actitud subversiva del pueblo que sacude el yugo extranjero. Semejante gesto no podían preverlo los monumentos lexicográficos. Cincuenta años después de publicada la *Enciclopedia* el mundo era ya de otra manera, y cuando pasen cincuenta años más y la idea de independencia se extienda de América a Asia y Africa, mundialmente quedará consumada la mayor transformación política de todos los tiempos.

Cada vez que en un diccionario inglés, francés, español, italiano, portugués... la palabra independencia entra a formar parte del lenguaje político aceptado en una lengua occidental, se refiere al caso de América. Un diccionario español hubiera tenido que ser profético, y de mal augurio, para hablar de independencia política antes de la emancipación de las colonias. En el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias (1611-1674) se ignora la palabra... Cuando el diccionario de la Academia Francesa la registra por primera vez, la explica diciendo: Guerra de Independencia de Estados Unidos. El italiano de Tommaseo de 1869, dice: Guerra de Independencia de Estados Unidos. En lengua inglesa, independencia quiere decir el caso americano, y *The Century Dictionary*, después de definirla como la liberación de un Estado al remover el control que otro ejerce sobre él, pasando a tener gobierno propio, la explica haciendo una síntesis de la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

Todo esto, en el fondo, es obvio. Europa era el imperio, América la colonia. Mientras subsistiera tal estado de cosas, hablar en Europa de independencia era un absurdo, era anticipar el derrumbamiento. Pero leyendo la *Enciclopedia* de Diderot se va más al fondo. La misma independencia moral se encontraba inaceptable. Iba contra un orden vigente, que los propios amigos de Diderot no se atrevían a rechazar en la Summa de su ideología. Hoy nos parece reaccionaria —y lo es— esta página: «Independencia. La piedra filosofal del orgullo humano; la quimera tras la cual corre ciego el amor propio. El término que los hombres se proponen alcanzar siempre sin lograrlo jamás...» El ser humano, para los enciclopedistas, no es sino un anillo en la cadena cuyo último eslabón está en manos del Creador. Todo en el universo está sujeto: los cuerpos celestes dependen en sus movimientos unos de otros, la Tierra es atraída por otros planetas y a su turno los atrae, el flujo y reflujo del mar viene de la Luna, la fertilidad de los campos viene del calor del Sol, la humedad de la tierra y la abundancia de las sales... Para que una brizna de hierba crezca es necesario que en ello participe la naturaleza toda... Este encadenamiento en el orden físico se reproduce en el moral y en el político: el alma depende del cuerpo, el cuerpo del alma y de todos los objetos exteriores. ¿Cómo el hombre, integrado por estas dos partes así subordinadas, podría considerarse a sí mismo independiente? La sociedad dentro de la cual hemos nacido nos ha dado leyes que debemos obedecer, impuesto obligaciones que debemos llenar. Cualquiera que sea el rango